

Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*. Siglo XXI, Madrid, 2020, pp. 583.

“Zorrocotro””. Sentenció un profesor –aplaudido por parte del público– que tuve en una asignatura sobre nuevas tendencias historiográficas en la carrera de Historia, al calor de un debate sobre el marxismo y ese objeto tan venerable como al parecer indefendible: la *vieja* historia social. Una sensación de derrota, de aislamiento preventivo, junto con un aviso a navegantes se hizo presente: vuestro tiempo ya pasó, no sois bien recibidos. Una realidad que, en parte, recorre *En defensa de la razón*. “La recusación del pensamiento marxista desde posiciones confesadamente antirracionalistas afectó también, lógicamente, a la historiografía, y en concreto al paradigma de la Historia social, que algunos propusieron erradicar por absoluto, en nombre de los nuevos esquemas culturalistas, antitotalizadores e idealistas” (p. 374) afirma el profesor Erice a mitad del libro.

El atrevimiento del libro no puede ser mayor en nuestro gremio: defender un marxismo remozado –y “abierto” como insiste el autor en numerosas ocasiones– a la par que presentar un elaborado plan de acción, junto con un *manual táctico*, para recuperar y poner en primera línea de combate un materialismo histórico crítico e inteligente y de paso recuperar su prestigio social (p. 475). Un planteamiento valiente, generoso y ante todo potente.

Parece plausible afirmar que algo está cambiando, pese a que los elementos para el optimismo sean los justos. Lo evidencia la propia publicación de un libro de este tipo en España en una editorial dentro del *top ten* como es Siglo XXI. Una excelente noticia después de más de cuatro décadas de machaque con el posmodernismo y sus interminables *giros* que, en buena medida, han llegado a cuestionar la propia científicidad de la Historia como disciplina. Al respecto, el título y subtítulo del libro no pueden ser más explícitos.

Ha llovido (y mucho) y, sin embargo, tras la larga travesía del último tercio del siglo XX y la primera década del siguiente, a la salida de la crisis de 2008 –como síntoma del derrumbe de la ola neoliberal-conservadora en el cual ha de contextualizarse la política de acoso y derrum-

be frente a cualquier proyecto social de Historia como siempre defendió Fontana— empezó a recuperarse lentamente un cierto interés por el marxismo.

Junto con las aportaciones no sistemáticas de un buen número de historiadores avisando de los desmanes del posmodernismo —el propio Fontana, Forcadell, Hernández Sandoica, Ortega, Piqueras, sin olvidarnos de las obras imprescindibles de Eagleton y Hobsbawm y que tanta influencia acaparan en el libro—; recientemente debe resaltarse —a modo de novedad no vista en mucho tiempo en España— la publicación de obras como la editada por Stefan Berger y Christoph Cornelissen —*Culturas históricas marxistas y movimientos sociales en la Guerra Fría* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2021)— o, poco antes, la editada por José Gómez Alén —*Historiografía, marxismo y compromiso político en España* (Madrid, Siglo XXI, 2018). Una obra colectiva producto de unas jornadas organizadas por la Fundación de Investigaciones Marxistas en noviembre de 2014 y que dieron el necesario empujón para que Francisco Erice, a partir de su contribución en dicho volumen colectivo, se preguntara: “¿un marxismo para el siglo XXI?”. De ahí se pasó a un análisis sistemático y global —“¿es deseable una Historia marxista futura que pueda ser calificada como tal? ¿es, a la vez, posible?” (p. 16)— que hoy el lector tiene a su entera disposición.

Sistematicidad, rigor y una lectura constructiva definen la obra a reseñar dividida en tres partes: a) “El retroceso del marxismo y el auge del posmodernismo” (I–V capítulos); b) “Proyecciones historiográficas posmodernas” (VI–IX capítulos); c) “La Historia marxista después de la tormenta: propuestas para una reconstrucción” (X–XIV capítulos). Una advertencia previa: estamos ante un libro bien escrito, ágil narrativamente, pero que por su densidad temática conlleva un conocimiento previo de lo que ha pasado en el conjunto intelectual, ideológico, político e historiográfico desde, al menos, los años sesenta del siglo XX.

Lo dicho es palpable en la primera parte en donde se examina la propia intrahistoria del posmodernismo y su cuestionamiento directo, o mejor dicho, la desconstrucción de la herencia de la Ilustración y del racionalismo; dejando paso a un individualismo metodológico líquido en el que todo es cuestionado hasta cerrar la puerta a cualquier evidencia histórica: desde los grandes relatos a la propia posibilidad de existencia de un sujeto histórico como tal, para a continuación arrojar al basurero de la historia a la clase y confiarlo todo, de paso, al lenguaje, las identidades y algunas otras barbaridades escrutadas con maestría y talento. El autor opta por dejar hablar a los Deleuze, Gadamer o el propio Geertz para evidenciar como se superaron —con alegría y entusiasmo, añadimos— todas las líneas rojas de cualquier tipo de consenso. De mínimo “sentido común”, en palabras de Gramsci. Entre los *supervillanos* de esta historia aparecen personajes como White, Lyotard o Derrida —cada uno en su campo de acción— en cuyas obras el relativismo y la ausencia de cualquier certeza científica se imponen. Siempre —tal y como ejemplifica Erice en infinidad de ocasiones— con un lenguaje críptico, oscuro y sujeto a todo tipo de interpretaciones. Un enfoque, además, inédito en castellano, pues, recordemos que hasta la aparición de esta obra había que recurrir a los libros ya clásicos de Jameson o Eagleton.

Dejando aparte a Foucault (capítulo IV), Francisco Erice certeramente no se desvía ni se olvida —como ha sido habitual por parte de tantos colegas de la academia— de unos de los fenómenos más interesantes como es el “posmodernismo y la teoría política” (capítulo V) y que tanta relación guarda con nuestro tiempo político actual. Nos referimos, en concreto, a la

certera crítica de las obras e influencia de Laclau y Mouffe como los prototipos del populismo posmoderno: la deconstrucción de las bases lógicas y materiales del marxismo como sistema hasta límites insospechados. En palabras del autor: “Hay que dejar a un lado el concepto de modo de producción y toda perspectiva totalizante” (p. 215). Otro tanto sucede –todo ello en un capítulo que parece no destinado a forjar, precisamente, alianzas con otros sectores de la izquierda política española– con las referencias más tamizadas a las obras de Negri y Hardt. Mención aparte a las aportaciones de calado de Wood y Boron, resulta muy de agradecer que también haya entrado de lleno a analizar el caso español de populismo de izquierdas en España representado por Fernández Liria, haciéndose palpable el “rechazo al racionalismo político” (p. 246).

Una seña de identidad del libro es el sobresaliente esfuerzo del autor por intentar extraer cualquier crítica o aportación válida de todas y cada una de las contribuciones que proceden o beben del posmodernismo para ese reivindicado marxismo del siglo XXI, sin dejarse llevar por un juicio ciego o despiadado. Un verdadero ejercicio de autocontención que tiene su continuación en la segunda parte de la obra y que nos lleva a terrenos más conocidos (y sufridos): la realidad dominante y hegemónica de la historiografía nacional e internacional. Una realidad marcada por la historia política, cultural, de género, de la ecología, la sociabilidad y por descontento de ese subproducto denominado historia postsocial. Una reseña de este tipo se ve limitada a la mera enunciación identificativa, aunque haremos una breve excepción más adelante. En cualquier caso, sobresalen aquí los efectos más nocivos del posmodernismo: sobredosis de marcos teóricos y nuevamente poca concreción práctica en un viaje de ida y de vuelta por las fronteras permeables de la historia social en sus diferentes modalidades. En esta especie de “test del daño” ocasionado por tantos y tantos giros sobresale –¡cómo no!– la historia postsocial así como el *archienemigo* de todos conocidos: Miguel Ángel Cabrera. Erice sencillamente le deja hablar hasta el destroce final: “El lenguaje construye a los sujetos sobre la base de unos fundamentos fuera de su alcance y comprensión, sin que la realidad material externa imponga orientaciones o límites significativos a las formas contingentes que esa construcción adopte” (p. 365).

A lo concreto: la tercera parte del libro es la que dota a *En defensa de la razón* de sustantividad propia para poder hablar de una obra de referencia en los próximos años tanto para marxistas como no marxistas. Para empezar, el autor nos propone un “decálogo” de diez propuestas para un “debate intelectual” con la finalidad de resituar el marxismo en la primera línea del conflicto político e historiográfico. Una propuesta de debate sustentada “en torno a cuatro o cinco cuestiones cardinales: inteligibilidad histórica, determinación y acción humana, papel de las superestructuras, practicidad de la Historia” (pp. 378–381). Un decálogo que debería imprimirse en formato octavilla y repartirse a las puertas de las facultades de Historia. Un proyecto historiográfico que recoge aquella propuesta de Hobsbawm de avanzar en un frentepopulismo académico y que, al mismo tiempo, le permite a Erice la puesta al día de la lógica de la cientificidad histórica representada por el materialismo histórico sobre todos aquellos puntos cuestionados –grandes relatos, estructura, clases, progreso, Estado...– por el posmodernismo y sus seguidores. Pocas cuestiones quedan sin desgranar a partir de los textos fundamentales de Marx y Engels, así como de todos los pensadores marxistas con Gramsci como uno de los principales referentes –con alguna que otra ausencia o mejor dicho escasa presencia– y con

repasso incluido por los principales debates de estas últimas décadas. En esta tesitura, Francisco Erice es más que consciente que, a pesar de la potencialidad del marxismo, este tiene no pocos “puntos ciegos” –tal y como sucede con la teoría de la acción social, las clases sociales o con las cuestiones relacionadas con la hegemonía– sumadas a otras debilidades pero que, en buena medida, se han ido corrigiendo.

En esta actualización del software del materialismo histórico –el “buen sentido” en términos gramscianos– sucede algo raramente visto en nuestro solar historiográfico patrio: aunque se recoge buena parte de la herencia thompiana, tampoco se duda en llevar a cabo una crítica de algunos de sus postulados que, en ocasiones, transitan por marcos ajenos al materialismo histórico. Más todavía: también se cuestionan las (im)posibles vías de conciliación entre el marxismo y la nueva historia social y cultural propuesta por Eley y Nield.

Un delicioso repaso que conlleva, en su última parte, la defensa de una historia social reprogramada para el siglo XXI –previa crítica necesaria e irrenunciable a Santos Juliá– y que se cierra con “algunas consideraciones *tácticas* acerca de cómo favorecer el razonable retorno de un materialismo histórico igualmente razonable” (p. 524). *Consideraciones* concretadas en tres puntos que deberían figurar como anexo a esa octavilla de la que antes habláramos o como Tweets prefijados ante tanto rojipardismo aplaudido en redes sociales. En este punto preciso, Erice reconecta con aquel anhelado proyecto social de cambio de Fontana: una Historia comprometida y politizada.

Vamos cerrando: una reseña de una obra de este tipo es injusta e incompleta por definición. Ni siquiera permite captar la dimensión intrínseca del trabajo de años de Erice ni sus principales influencias y fuentes –siempre con Gustavo Bueno presente, a modo de *spoiler* para que a ningún lector le pille desprevenido–. Explicado de otra forma: estas palabras no dejan de ser “pequeñas cápsulas” descriptivas. Más allá de lo evidente –una obra que será leída y citada durante las próximas décadas– *En defensa de la razón* supone no solo un soplo de aire fresco: inyecta un mínimo de optimismo –no en términos de autoayuda– para constatar que no estamos ni tan solos ni totalmente derrotados ni que aquello del “lado bueno de la Historia” –tan de moda cuando se escriben estas líneas– parece tan desafortunado. Llegados aquí, la pregunta no por obvia no puede dejar de plantearse: ¿alguien dentro de la academia está dispuesto a rebatir historiográficamente punto por punto a Erice? Sospechamos que va a ser que no.

Sergio Gálvez Biesca
(*Doctor en Historia*)